

Regreso a los jardines de Cósimo Rucellai. Lectura e interpretación de *Del arte de la guerra* de Maquiavelo desde la Argentina actual

Return to the Gardens of Cósimo Rucellai. Reading and Interpreting
Machiavelli's *The Art of War* from Current Argentina

Germán Soprano

Instituto de investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de La Plata. CONICET.
Correo electrónico: gsoprano69@gmail.com

Resumen: *El artículo inscribe *Del arte de la guerra* en la obra de Maquiavelo, reconoce sus interlocutores pasados y contemporáneos y comprende su análisis sobre la guerra y asuntos militares en su contexto histórico. También relaciona la lectura e interpretación del libro con los problemas y desafíos que enfrentan académicos, militares y decisores políticos en relación con la defensa nacional y su instrumento militar en la Argentina actual. Leer este libro del florentino – uno de los menos estudiados de su obra– desde las coordenadas políticas e intelectuales actuales requiere sobreponernos a su mera interpretación como manual de estrategia y táctica militar. También demanda comprender su concepción de la guerra reconociendo las diferencias evidentes existentes con nuestro pasado, presente y futuro.*

Palabras clave: Maquiavelo, guerra, militares, Argentina

Abstract: *The article inscribes *The Art of War* in Machiavelli's work, recognizes his past and contemporary interlocutors and understands his analysis of war and military affairs in its historical context. It also relates the reading and interpretation of the book to the problems and challenges faced by academics, military and political decision-makers in relation to national defense and its military instrument in current Argentina. Reading this book of Florentine –one of the least studied of his work– from the current political and intellectual coordinates, requires overpowering his mere interpretation as a manual of military strategy and tactics. It also demands to understand its conception of war by recognizing the obvious differences that exist with our past, present and future.*

Keywords: Machiavelli, War, Military, Argentina

Anacronismo e Irrupción, Vol. 11, N° 20
(Mayo – Octubre 2021): 164-190

 Dialnet  REDIB 

Fecha de Recepción: 06/10/2020
Fecha de Aceptación: 21/01/2021
ISSN: 2250-4982

“[N]o he hallado entre mis enseres nada que me sea más querido o aprecie tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido mediante una larga experiencia de los hechos modernos y una continua lectura acerca de los antiguos”
El Príncipe, Nicolás Maquiavelo

Introducción

Nicolás Maquiavelo reflexionó en *Del arte de la guerra* sobre estrategia, táctica y técnica en la guerra, composición social y reclutamiento de los ejércitos, sus relaciones con el poder político y la sociedad en la Europa del cambio del siglo XV al XVI. ¿Por qué releer este libro a 500 años de su publicación? El sociólogo Jeffrey Alexander (1990) podría ofrecernos una respuesta general: los autores clásicos definen enfoques y temas fundamentales y, por eso, los interpelamos críticamente para comprender cuestiones relevantes de teoría social y política y de nuestras realidades contemporáneas. En este sentido, permite pensar la pregunta siempre actual acerca de las relaciones entre guerra, política y sociedad. Pero ¿por qué leerlo desde la Argentina en el año 2021? Sostengo –sin que esta sea la única respuesta– porque orienta en la definición de preguntas sobre los problemas y desafíos que enfrentan académicos, militares y decisores políticos en relación con la defensa nacional y su instrumento militar. A tal efecto, el artículo tiene por objeto inscribir este libro en la obra del florentino, reconocer sus interlocutores pasados y contemporáneos y comprender en su contexto histórico su análisis sobre la guerra y asuntos militares.¹

Del arte de la guerra en la obra de Maquiavelo

Los biógrafos difieren sobre el año en que comenzó la escritura del libro; la datación más antigua la sitúa en 1516 y la más tardía en 1519-1520. Fue publicado en 1521 en Florencia por los herederos de Philippo di Giunta.² Estaba dedicado a

¹Agradezco los comentarios y recomendaciones efectuados por dos evaluadores anónimos.

la memoria de su amigo Lorenzo de Filippo Strozzi. Se estructura en un prólogo o proemio y siete libros. Lo concibió como un imaginario diálogo entre el condotiero Fabricio Colonna –personaje real que encarnaba su *alter ego*– y un grupo de jóvenes florentinos reunidos en los jardines de su amigo Cósimo Rucellai –los *Orti Oricellari*–.³ *Del arte de la guerra* y el primer *Decenal* son los textos que Maquiavelo publicó en vida.⁴ El primero le otorgó reconocimiento entre sus contemporáneos como experto en temas de la guerra y militares. En el siglo XVI se hicieron 21 ediciones de *Del arte de la guerra* y se tradujo al francés, alemán, inglés y latín (Gilbert, 1991; Vivanti, 2013). En este artículo nos enfocaremos en las relaciones entre guerra, política y sociedad en ese libro, pero dicha comprensión resultaría incompleta si no tuviéramos presente *El príncipe* (1513), los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1520), *Vida de Castruccio Castracani* (1520), *Historia de Florencia* (1525) y escritos oficiales menos conocidos como *Discurso sobre la provisión de dinero, con un breve proemio y justificación* (1503), *La causa de la Ordenanza militar: dónde reside y qué es necesario hacer* (1506),⁵ *Provisión de la Ordenanza* (1506), *Militie florentine ordinatio* y *Discurso sobre la milicia a caballo* (1511), entre otros.⁶

²Para la elaboración del presente artículo me he servido de las siguientes ediciones de sus obras: Maquiavelo (2014) y Maquiavelo (1987). La primera contó con un estudio introductorio de Juan Manuel Forte Monge y traducciones y notas de Antonio Hermoso Andújar, Luis Navarro y Miguel Saralegui. La segunda es una antología a cargo de Miguel Ángel Granada.

³Los *Orti Oricellari* eran un ámbito privilegiado de la vida intelectual florentina desde tiempos de Bernardo de Rucellai –abuelo de Cósimo–. Concurrían jóvenes de familias notables como Zanobi Buondelmonti, Batista Della Palla, Luigi Alamanni, Anton-Francesco degli Albizzi, Lorenzo de Filippo Strozzi y Jacopo da Diaceto, que disfrutaban la compañía de Maquiavelo. En junio de 1522, algunos de sus asistentes fueron acusados de conspirar para asesinar al cardenal Julio de Médici y proclamar la república en Florencia. Diaceto y Alamanni fueron detenidos y ejecutados; otros consiguieron escapar. Maquiavelo no sufrió represalias.

⁴El primer *Decenal* es un poema en tercetos escrito en 1504 refiriendo a acontecimientos de la historia de Italia y Florencia entre 1494 y 1504.

⁵Este escrito fue publicado en 1868 como *Discorso dell'ordinare lo stato di Firenze alle armi*.

⁶*Discurso sobre la provisión de dinero, con un breve proemio y justificación* (1503) proponía un impuesto extraordinario a bienes inmuebles para financiar la defensa con fuerzas de guerra propias. *La causa de la Ordenanza militar: dónde reside y qué es necesario hacer* (1506) y *Provisión de la Ordenanza* (1506) fundamentaban la conformación de una milicia florentina, entre otros motivos, para dar una resolución favorable a la guerra contra Pisa. *Militie florentine ordinatio* (1506) estableció la milicia y creó la magistratura de los Nueve Oficiales de la Ordenanza y la Milicia Florentina. El

Su comprensión sobre la guerra estaba informada por su conocimiento de los autores clásicos romanos, su análisis de las guerras pasadas y contemporáneas y sus experiencias en las legaciones diplomáticas.⁷ Sabemos que con el regreso de los Médici al poder en Florencia, el 7 de noviembre de 1512, fue despojado del cargo que tuvo desde el 15 de junio de 1498 como secretario de la Segunda Cancillería, arrestado el 13 de febrero de 1513 acusado de participar en un complot, encarcelado y torturado. El 12 de marzo fue liberado por una amnistía otorgada tras la consagración de Giovanni de Médici como Papa León X y se le impuso un exilio extramuros que cumplió en su casa de campo en Sant'Andrea en Percussina. Cuando fue autorizado su regreso a la ciudad, se reintegró a la vida social florentina, pero nunca recuperó su cargo como funcionario.⁸

Como secretario de los Diez de la Guerra adquirió conocimientos y experiencias directas sobre asuntos militares y tuvo responsabilidades en la conducción de la guerra contra Pisa (1496-1509).⁹ Su crítica a las fuerzas mercenarias y exaltación de la milicia estuvo determinada por su análisis crítico

Discurso sobre la milicia a caballo (1511) planteaba el reclutamiento de una caballería miliciana. Posteriormente compuso: *Informe sobre la visita efectuada para fortificar Florencia* (1526), *Disposiciones para la institución de la magistratura de los cinco curadores de las murallas de la ciudad de Florencia* (1526) y *Disposiciones militares para el asalto a Cremona* (1526).

⁷De acuerdo con Miles Unger (2013), el pensamiento de Maquiavelo fue modelado por la guerra y la situación política de Italia tras la invasión francesa de 1494. Felix Gilbert (1991) destaca todavía más el peso de la guerra cuando afirma que llegó a ser un pensador político porque antes fue un pensador militar. A su vez, José Fernández Vega (2006) recuerda que Antonio Gramsci consideraba que Maquiavelo había tenido una perspectiva excesivamente política sobre la guerra y había descuidado el tratamiento serio de los asuntos técnico militares —si bien para Gramsci, esto no era un problema o un demérito del libro—; en tanto que para Herfried Munkler, en cambio, era necesaria una interpretación más profundamente política de *Del arte de la guerra*.

⁸No obstante, si, fue convocado para cumplir encargos por el Papa León X (Giovanni de Médici), el cardenal Julio de Médici (desde 1523 Papa Clemente VII) y otros gobernantes de su ciudad.

⁹La magistratura de los Diez de la Guerra —también conocida como los Ocho o los Diez de Bailía— fue creada en 1384. Maquiavelo fue nombrado su secretario en julio de 1498. Florencia había conquistado Pisa en 1406. En 1494, el rey de Francia, Carlos VIII, le restituyó su autonomía. En 1496 los florentinos iniciaron la guerra contra Pisa con tropas mercenarias, acumulando fracasos y derrotas. En 1506 Maquiavelo organizó una milicia de infantería y en 1507 fue nombrado secretario de los Nueve a cargo de la misma. En 1509 Florencia reconquistó Pisa, en parte, gracias al empleo de esas milicias.

del curso de aquella guerra y de otras libradas en Italia en el pasado y el presente.¹⁰ Por tal motivo, se propuso crear una milicia que otorgara a Florencia una fuerza militar propia y, a tal efecto, obtuvo el apoyo del confaloniero Piero Soderini. Pero concretar ese objetivo no fue tarea sencilla. Debíó enfrentar dos problemas: la oposición de los optimates a armar al pueblo e interesar al pueblo a incorporarse a la milicia. Consiguió sortear ambas dificultades. Los optimates consintieron su creación, aunque nunca se fiaron de ellas –temían que se volvieran en contra de sus intereses, que participaran de las disputas de facciones o respaldaran un líder autoritario–;¹¹ en tanto que el reclutamiento de hombres del campo –*contado*– resultó exitoso.¹² En diciembre de 1506 se creó una nueva magistratura, *Los nueve oficiales de las Ordenanzas y de la milicia florentina*, de la cual Maquiavelo fue su primer secretario.¹³

La historia de las instituciones militares no puede dissociarse de la historia de las sociedades en las que se inscriben (Gilbert 1991). La concepción de Maquiavelo acerca de la guerra y los asuntos militares pretendía dar cuenta de cambios sociales, económicos, políticos y culturales ocurridos en Europa y, en particular, en la Italia del Renacimiento.¹⁴ Roberto García Jurado (2015a)

¹⁰En el siglo XIV las ciudades italianas estaban en pleno crecimiento económico y recurrieron a la contratación de mercenarios para asegurar su defensa, expansión territorial y negocios (Allmand, 2010). Maquiavelo criticaba el empleo de mercenarios porque consideraba que: 1) corrompían la actividad militar, pues la ejercían por objetivos privados como la paga del sueldo y obtención del botín de guerra; 2) eran desleales porque perseguían esos objetivos privados y/o por su condición de extranjeros; 3) hacían de la actividad militar una ocupación, oficio o profesión cuando, por el contrario, ésta debía ser expresión de la virtud cívica del ciudadano en defensa de su libertad y la de su patria; 4) eran una amenaza para la seguridad del principado o la república porque podían usurpar el poder por la fuerza; 5) no eran una fuerza táctica efectiva frente a una infantería bien organizada, disciplinada e instruida; 6) e impedían el acceso del pueblo a las armas para la defensa (García Jurado (2015b). En la segunda mitad del siglo XV, los reinos de Francia, Castilla y Aragón y el ducado de Borgoña conformaron los primeros ejércitos permanentes integrados por súbditos que prestaban servicios militares por una paga. Este proceso fue posible por la concentración de poder político que permitió disponer del financiamiento necesario para los gastos de una fuerza de guerra permanente (Keen, 2005).

¹¹En *Del arte de la guerra* afirmaba que las “armas propias” no eran una amenaza contra el gobierno – principado o república–, pues si este estaba bien constituido, sus súbditos o ciudadanos prestaban servicios militares en “virtud de las leyes y de la constitución”.

¹²Más abajo se explica por qué hombres del *contado*.

¹³La ordenanza de 1506 que estableció la milicia florentina fue suprimida en 1512.

sistematiza esa concepción en nueve principios: 1) la fuerza militar en el principado debe garantizar el orden interno y defensa externa;¹⁵ 2) las armas deben combinarse con leyes y una religión que sean instrumento de orden y cohesión social; 3) el monopolio del gobierno en la conducción de la guerra exige la subordinación del poder militar al poder político civil; 4) la conducción de la guerra no puede ser delegada por los gobernantes –príncipe o magistrado–; 5) el arte de la guerra es servicio público y no un oficio privado; 6) y sus objetivos también son públicos; 7) un principado o una república deben contar con armas propias y su reclutamiento proceder de súbditos o ciudadanos, 8) la guerra no sigue leyes ni reglas fijas, ni persigue valores o fines justos; 9) pues tiene por objetivo la conquista, conservar o acrecentar poder.

García Jurado (2015b) interpreta que en esa concepción también es dado reconocer ambigüedades, incongruencias e incluso errores de apreciación.¹⁶ Por un lado, como Maquiavelo se mostró crítico de los ejércitos mercenarios y ejércitos permanentes –de unos porque hacían de la milicia un oficio privado y de los otros porque consideraba innecesaria, onerosa y políticamente peligrosa su existencia en tiempo de paz–, se ha sostenido que no profundizó en las diferencias existentes entre los soldados mercenarios y los soldados-súbditos de un ejército permanente; es decir, no apreció que –aunque ambos eran pagos– eran distintos, pues los primeros estaban al servicio de un condotiero y los

¹⁴Según Clifford Rogers, la “revolución de la infantería” de los siglos XIV-XV “albergaba mucho más que la simple cuestión de si los hombres debían luchar a caballo o a pie: llevó a cambios de actitud con respecto a la guerra, a la actitud caballeresca, la clase social y la participación política, pero también afectó a la composición de los ejércitos y a las zonas de reclutamiento. Un hecho clave fue que las tropas de piqueros y arqueros estaban reclutados por lo general de entre la población común y no de entre la clase aristocrática [...] Efecto colateral de la importancia creciente de la infantería común fue que el campo de batalla europeo se convirtió en un lugar mucho más sanguinario de lo que había sido antes” (Rogers, 2005:187-189).

¹⁵En *El príncipe* clasificaba los ejércitos en cuatro tipos: 1) propios; 2) mercenarios; 3) auxiliares (aliados), 4) mixtos. Como consideraba que los ejércitos mercenarios y auxiliares eran inútiles y peligrosos, se inclinaba en favor de las “armas propias”.

¹⁶Aquí hago propia la perspectiva de Leonardo Eiff (2013) y Sebastián Torres (2013) según la cual la riqueza de la lectura e interpretación de la obra de Maquiavelo se revela cuando se “toleran” sus paradojas, aporías y enigmas, evitando disolver o resolver estas últimas en un modelo teórico sistemático.

segundos servían a su rey.¹⁷ Por otro lado, se ha señalado que no problematizó las diferencias entre milicias (como la florentina) y ejércitos profesionales permanentes (como los de las monarquías de Francia y España); ambos eran “armas propias”, pero distintas por su composición social, conducción y organización militar.¹⁸ Se dijo, además, que como privilegiaba las tropas de infantería, otorgó un rol subsidiario en combate a la caballería y artillería, a diferencia del empleo conjunto de las tres armas que hacían los ejércitos permanentes de las monarquías. Y que tampoco percibió adecuadamente la importancia de las armas de fuego portátiles y artillería en el campo de batalla.¹⁹ Gilbert (1991) considera que refirió al financiamiento de los ejércitos, pero como subvaloró el recurso a las armas de fuego portátiles y artillería –que demandaban cuantiosas erogaciones para adquirirlas, mantenerlas y alimentar su poder de fuego– no previó las necesidades financieras de un ejército moderno. En tanto que Fernández Vega (2006) advierte que la inteligencia táctica o estratégica no fueron tematizadas en *Del arte de la guerra*, pero sí en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* cuando refirió al engaño y anticiparse a las acciones del enemigo.

¹⁷Los ejércitos profesionales permanentes de las monarquías continuaban –y continuaron durante otros dos o tres siglos– empleando tropas mercenarias.

¹⁸Los términos soldados o ejércitos profesionales son empleados por la historiografía anglosajona para referir a los ejércitos romanos desde el siglo I a.C. y a los ejércitos permanentes de la Europa moderna. Quizá sea una categoría analítica extemporánea si consideramos que la historia y sociología de las profesiones sitúan la génesis y desarrollo de las sociedades profesionalistas en Occidente a partir de la Revolución Industrial en la segunda mitad del siglo XVIII.

¹⁹En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* planteaba que la artillería resultaba inútil si el ejército no era virtuoso –en el sentido de la virtud del ciudadano-soldado de la república romana–. En *Del arte de la guerra* daba intervención a la artillería enemiga en la batalla abriendo fuego una sola vez, para luego ser atrapada por la infantería propia. Decía que la artillería no tenía precisión, era lenta y difícil de mover y que en la batalla era decisivo el combate frente a frente, el choque entre la infantería propia y la enemiga (Gilbert, 1991). Dicho esto, conviene tener presente una observación de Keen (2005) –que morigeró el alcance de estas críticas– para quien las guerras en Italia del siglo XVI permitieron constatar que la pólvora negra todavía no definía el resultado en el campo de batalla y que la artillería de campaña estaba hecha de piezas muy pesadas difíciles de transportar y maniobrar.

Asimismo, ponderando favorablemente el análisis de Maquiavelo sobre fortificaciones, Geoffrey Parker (2010a) recuerda que cuando en 1526 fue nombrado magistrado de los curadores de las murallas, previó tres formas de fortificar una ciudad atendiendo a las innovaciones producidas en Italia en el siglo XV –las fortalezas artilladas– para contrarrestar la eficacia de la artillería enemiga: derribar las murallas preexistentes y construir una defensa nueva que incluyera los suburbios y otros puntos clave desprotegidos; levantar una fortificación dentro de la anterior y abandonar los sectores no defendibles. Y la tercera opción –sencilla, menos costosa y más eficiente– era reducir la altura y aumentar el ancho de las viejas murallas, rediseñar la forma de sus torres y puertas para convertirlas en bastiones y mejorar el campo de fuego.²⁰

De acuerdo con Gilbert (1991), el análisis de la batalla en *Del arte de la guerra* se centra fundamentalmente en los atributos de los combatientes –coraje, obediencia, entusiasmo, arrojo– y se descuidan otras dimensiones de las que se ocupó en otras partes del libro como la conducción, organización, armamento y orden de batalla. Por su parte, García Jurado concluye que el énfasis en la primacía de la milicia de infantería estaba relacionado con la importancia de la virtud ciudadana, pues creía que en la lucha cuerpo a cuerpo era determinante “el ánimo y la convicción del soldado” (2015b:149).

Esa valoración de la infantería miliciana estaba basada principalmente en motivos ideológicos y morales, antes que en una evaluación de su eficiencia táctica y técnica. La milicia debía nutrirse de ciudadanos que encarnaban el ideal republicano, es decir, el sentido de entrega en pos del bien común. Pero García

²⁰En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* decía que las fortalezas resultaban innecesarias para la defensa externa de las ciudades si se contaba con buenos ejércitos y, además, que quienes las construyen lo hacen sobre todo para protegerse de sus súbditos. En cambio, en *El príncipe* sostenía, por un lado, que la ciudad que no contara con hombres y dinero para librar un combate abierto debía guarnecerse tras las murallas y desde allí organizar su defensa, pues quien pretendiera enfrentarse a un príncipe con una ciudad bien fortificada y un pueblo que no lo odiase encontraría dificultades para sostener el sitio. Y, por otro lado, afirmaba que las fortalezas eran útiles o no según las circunstancias: el príncipe que temiera más a su pueblo que a los extranjeros debía construirlas, pero en el caso contrario podía prescindir de ellas.

Jurado (2015b) considera que las razones de esa preponderancia también eran económicas, políticas y tácticas. Económicas porque el costo del armamento y sostenimiento logístico de la caballería y artillería era superior. Las razones políticas estaban asociadas con el perfil social de los soldados de las milicias. El reclutamiento de la infantería debía efectuarse entre los hombres del campo –*contado*– que estaban mejor preparados para la guerra por contextura física y el desempeño de labores rurales;²¹ al tiempo que descartaba los habitantes del distrito –*distretto*–, pues pertenecían a ciudades y localidades sometidas por Florencia y no era confiable armarlos, instruirlos y movilizarlos.²² Y tampoco era conveniente reclutarlos en la ciudad de Florencia –*cittá*– porque pensaba que no se presentarían voluntariamente al servicio militar y también por temor a que la milicia se rebelara contra sus autoridades.²³ A su vez, la caballería miliciana estaría integrada por hombres de la ciudad elegidos entre los más ricos –*decía*– como en la Roma republicana.²⁴ Y entre las razones tácticas, Maquiavelo valoró el

²¹En *Del arte de la guerra* decía que en el reclutamiento para la milicia debían sopesarse tres variables: edad –entre 17 y 40 años de edad–, oficio –preferentemente campesinos, pero un ejército necesitaba también hombres de diversos oficios– y contextura física. El reclutamiento debía garantizarse combinando coerción y libre elección –“violencia y libertad”– y debían mezclarse soldados veteranos y bisoños. Preveía que los milicianos se instruyeran en tiempo de paz y percibieran un pago por sus servicios solo en tiempo de guerra. Los milicianos de caballería, que se reclutaban entre hombres ricos de la ciudad, recibirían un pago en tiempo de guerra para gastos de su cabalgadura.

²²No obstante esa restricción impuesta a los habitantes de los dominios florentinos, siguiendo la historia de Roma antigua, en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* decía que cuando la república conforma un imperio era mejor que incorpore nuevos ciudadanos y no súbditos. Recordemos que en la Roma republicana e imperial la concesión de ciudadanía y/o la integración de los aliados latinos y de otras poblaciones del imperio fue producto de negociaciones, conflictos y enfrentamientos militares como en la Guerra Social (90 a 88 a.C.).

²³Estas milicias tenían por referencia las legiones de la Roma republicana, pero también las que Florencia tuvo en su pasado comunal republicano. Vivanti (2013) reconoce que la abierta reivindicación que Maquiavelo efectuaba de las milicias entraba en contradicción con la ausencia de una profunda reforma política de la República de Florencia que ampliase la ciudadanía –los derechos políticos efectivos alcanzaban en el mejor de los casos, según este autor, a unos cuatro mil hombres de la ciudad–. Sabemos que Maquiavelo tenía una concepción popular de la política florentina enfrentada con la perspectiva de los optimates; no obstante, valoraba positivamente la tensión conflictiva mantenida entre notables y el pueblo, tal como él la percibía en la experiencia de la Roma republicana.

²⁴En el primer semestre de 1512, Maquiavelo se dedicó a reclutar y organizar una milicia de caballería ligera cuando comenzó la guerra entre el Papa Julio II y sus aliados –España, el Sacro Imperio Romano Germánico, Venecia y los suizos– contra el rey de Francia.

empeñamiento en combate de la infantería sobre la eficacia de la caballería y artillería.²⁵

Por último, Fernández Vega (2006) sostiene que Maquiavelo se atuvo en lo táctico a formaciones cerradas clásicas, pero innovó en lo estratégico concibiendo la búsqueda ofensiva del choque rápido en la batalla en lugar de las maniobras de guerra de desgaste prolongada que evitaban el contacto entre los ejércitos. Como Carl von Clausewitz en *De la guerra*, el florentino entendía políticamente que la batalla –la “efusión de sangre”, diría el prusiano– era el momento decisivo de la guerra y que la maniobra no podía reemplazarla. Se trataba de imponer la voluntad propia sobre la voluntad del enemigo en una campaña militar que culminaba en una batalla decisiva.²⁶ También Gilbert (1991) señala que Maquiavelo y Clausewitz reconocían que una guerra corta y decisiva exigía una actitud apasionada de los soldados y que esto volvía a la guerra un enfrentamiento feroz. De allí que *Del arte de la guerra* otorgara importancia no solo a los conocimientos estratégicos y tácticos de los conductores militares sino al reclutamiento, organización, instrucción, disciplina y cohesión moral de la tropa.²⁷

²⁵En la Edad Media continuaron empleándose tropas de infantería en la guerra, pero el ideal del guerrero era encarnado por el caballero. Según Allmand (2010), la infantería comenzó a recuperar prestigio en las concepciones y prácticas de la guerra en Occidente a partir del siglo XIII. Cambios tecnológicos, sociales y políticos incidieron en ese proceso. Por un lado, el desarrollo del arco largo y la ballesta obligaron a la caballería a fortalecer sus armaduras y esto la volvió más pesada y costoso su financiamiento; en tanto que la lanza, alabarda, pica, maza y hacha –más baratas que el equipamiento de la caballería– acrecentaron la importancia de la infantería y su empleo en combate en grandes cantidades de soldados que cargaban frontalmente en masa. Por otro lado, las dificultades de los nobles para mantener su función militar a raíz de la disminución de los tributos y el aumento de los costos de guerra influyeron en la pérdida de centralidad de la caballería. Por último, se produjeron conflictos en el siglo XIV en los que intervinieron ejércitos integrados por combatientes compenetrados con la prosecución de objetivos políticos: las fuerzas de guerra de Flandes contra Francia, Escocia contra Inglaterra, los suizos contra el dominio germano. A pesar del resurgimiento de la infantería, Allmand destaca que en el siglo XV era improbable que un ejército obtuviera una victoria decisiva en ataque o defensa sin la caballería. Por último, según Parker (2010a), entre los siglos XVI y XVII, las guerras de asedio a ciudades fortificadas demandaron el empleo de tropas de infantería.

²⁶En *El príncipe* decía que jamás se debía impedir que un conflicto prosiga para eludir una guerra, pues que con esa actitud no se la eludía sino que se la difería en perjuicio propio.

²⁷Parker (2010b) sostiene que, desde las falanges hoplitas del siglo V a.C., la exaltación de la disciplina es uno de los atributos que definen la tradición militar occidental. Y no es posible alcanzar una férrea

Interlocutores y contextos: los antiguos romanos

Bernardo Maquiavelo promovió la formación humanística de su hijo Nicolás. Había elaborado un índice de nombres geográficos mencionados en la *Historia de Roma* de Tito Livio y, como consecuencia de ese encargo, recibió una edición del libro que Nicolás utilizó con provecho. Su conocimiento de la guerra antigua y ejércitos romanos estuvo influida por Tucídides, Heródoto, Julio César, Tito Livio y Flavio Josefo (Cornut, 2013).²⁸ Entre las referencias explícitas de *Del arte de la guerra* no está mencionada una fundamental: el *Epitoma rei militaris* de Flavio Vegecio Renato. David Paniagua Aguilar (2006) y Hernán Cornut (2013) son concluyentes: Maquiavelo no sólo se sirvió de este autor, también reprodujo pasajes de su libro sin citarlo.²⁹ El florentino era consciente de las diferencias políticas, sociales y militares que existían entre la Roma clásica y la Italia renacentista; pero la lectura e interlocución con los antiguos era una referencia utópica a partir de la cual hacía adecuaciones (Gilbert, 1991) y/o le ayudaban a comprender –aunque más no fuera por contraste– problemas del presente (Vivanti, 2013).

disciplina militar sin una adecuada organización, instrucción y adiestramiento y cohesión moral.

²⁸Para Gilbert (1991) también a través de Sexto Julio Frontino; Fernández Vega (2005) agrega la influencia de los tratadistas medievales Egidio Colonna y Christine de Pizan. Al considerar la influencia de las concepciones y prácticas militares y de la guerra de la Roma antigua en la Europa del Renacimiento es conveniente no olvidar –siguiendo a Parker (1990)– que por cada tratadista de esta época que ensalzaba la herencia romana había otros que rechazaban su validez.

²⁹Vegecio vivió entre la segunda mitad del siglo IV y primera del V d.C. Escribió el libro primero del *Epitoma rei militaris*, lo presentó al emperador Teodosio I, quien le pidió completar la obra con un estudio de la tradición militar romana. Teodosio I tenía conciencia del estado crítico de las legiones tras la derrota de Adrianópolis (378 d.C.); por ello, propició reformas militares. La obra de Vegecio se habría escrito entre el 384 o 385 y el 440 d.C. Se abre con un exordio y se estructura en cuatro libros que se ocupan de: 1) reclutamiento, instrucción, disposición y fortificación del campamento, disciplina militar; 2) estructura, formación, jerarquías y cargos militares, disposición del ejército para la batalla, instrucción, equipos y máquinas de combate; 3) tácticas y técnicas de combate terrestre, disciplina militar, formación de combate, dimensiones del ejército, logística; 4) fortificaciones, máquinas de asedio y defensa de ciudades, artillería ofensiva y defensiva, construcción de barcos, flota, navegación, guerra naval y sus armas. De acuerdo con Paniagua Aguilar (2006), el *Epitoma rei militaris* compendió la tradición de la *ars militaris* y *ius militares* previa y fue la última obra de carácter técnico sobre temas militares escrita en lengua latina antes de la caída del Imperio Romano. Fue leída en latín y lenguas vulgares. Llegó a ser una de las obras técnico-científica clásica más difundida en el medioevo.

En una minuciosa y esclarecedora comparación del *Epitoma rei militaris* y *Del arte de la guerra*, Hernán Cornut (2013) constató similitudes de estructura y contenido. Cornut diferencia dos niveles de análisis: estratégico y táctico-operativo. Las cuestiones estratégicas eran: 1) disciplina como instrumento para alcanzar una adecuada preparación física y cohesión moral de los soldados y factor determinante en la organización e instrucción de una fuerza militar/miliciana en tiempo de paz y en su eficacia de combate en la guerra; 2) primacía de la infantería sobre la caballería y artillería. Y las cuestiones táctico-operativas: 1) organización de la conducción, de las tropas propias y auxiliares; 2) formación de batalla y tácticas; 3) maniobras en ataque y en defensa; 4) campamentos y fortificaciones; 5) señales de mando; 6) reclutamiento de tropas conforme a un determinado perfil social, etario y físico; 7) principios de la guerra. Cornut también precisa otras cuestiones: Vegetio buscó en el pasado romano los fundamentos de reformas necesarias a fines del siglo IV d.C. que revirtieran las negativas consecuencias militares derivadas de la profunda crisis política y social que vivía el Imperio Romano desde el siglo III d.C. Y Maquiavelo extrajo de la historia romana lecciones para orientar reformas en Florencia y otros Estados italianos renacentistas que padecían la intervención política y militar de las monarquías hispánica, francesa y del Sacro Imperio Romano Germánico sobre sus territorios. Ambos destacaron la importancia de la disciplina militar y cohesión moral de las legiones romanas como un eficaz instrumento de combate.

Ahora bien ¿qué debía recuperarse del pasado romano? ¿Cuál era el perfil de los legionarios? Para responder estas preguntas debemos considerar las diferencias entre los ejércitos romanos de la República y del Imperio. En las legiones republicanas, principalmente, los pequeños propietarios rurales prestaban servicio militar, pues se consideraba que la población urbana carecía de atributos físicos y morales adecuados para la guerra. Los romanos basaban su poder militar en el ejercicio del mando, orden, disciplina, instrucción y

adiestramiento de sus tropas, conformadas por infantería y, en menor medida, caballería. Con estos elementos y capacidades podían imponerse sobre ejércitos cuantitativamente superiores. Esa aceitada máquina de guerra, sin embargo, encontró dificultades para reproducirse entre fines del siglo II a.C. y principios del siglo I a.C. Victor Davis Hanson (2010) señala que la causa del problema fue la expansión ultramarina del imperio construido por la república en el espacio del mediterráneo que superaban sus capacidades militares tradicionales. El auge de la agricultura “empresarial (*latifundia*), financiada por capital extranjero expropiado, provocó una despoblación gradual del campo italiano –la auténtica cantera de reclutamiento del viejo ejército romano, cuyos recursos humanos habían garantizado en un primer momento el lucro producido por las colonias” (Hanson, 2010:53-54).³⁰

De acuerdo con Hanson (2010), la transición del soldado de infantería pequeño propietario –que se armaba con sus propios recursos– al soldado profesional se produjo durante la Guerra contra Yugurta (107 a 105 a.C.) con Cayo Mario, quien pasó por alto la condición de ser propietario y financió las legiones con recursos públicos, disociando la membresía en el ejército del rango social de los ciudadanos. Con la desmovilización de las tropas –que durante las campañas recibían un pago y los beneficios del saqueo y el botín de guerra otorgado por sus comandantes– se planteó el problema de proveer tierras a los soldados en Italia, en las provincias o en colonias del imperio –tanto fueran tierras conquistadas o expropiadas–. El principal interesado en resolver ese problema era el comandante de las tropas desmovilizadas, pues aquellas –se asumía– le debían lealtad personal.³¹ Asimismo, tras la Guerra Social (90 a 89 a.C.) de Roma contra

³⁰Hanson (2010) sostiene que las ciudades-estado griegas enfrentaron similar dilema en el siglo IV a.C. cuando la amplitud de sus dominios en el Mediterráneo entró en conflicto con el ideal político-militar de ejércitos integrados exclusivamente con infantería de ciudadanos-pequeños terratenientes.

³¹En *El príncipe* afirmaba que los emperadores romanos no sólo debieron lidiar con la ambición de los nobles e insolencia del pueblo sino con la crueldad y codicia de los soldados cuyas demandas debían satisfacer para mantenerlos leales. Hacia el siglo I a.C. el ejército romano había cambiado su constitución clásica; entonces era una fuerza profesional integrada por los sectores sociales más desfavorecidos de la sociedad, reclutados a cambio de una paga segura –aunque no especialmente

sus aliados latinos, estos obtuvieron ciudadanía e igualdad de derechos para incorporarse a los ejércitos romanos. Este proceso de incorporación política y militar de otros pueblos –que alcanzó su plenitud en el Imperio– transformó el ejército romano en una fuerza profesional en el siglo I a.C. Asimismo, comenzaron a emplear mercenarios o aliados extranjeros.³²

Maquiavelo consideraba que la nueva composición social de las tropas, el empleo militar de los ejércitos y el ascendiente personalizado de sus comandantes, hizo de las legiones un actor decisivo en la política del período tardo-republicano; situó esos cambios con Cneo Pompeyo Magno y Julio César, se consolidaron en el Imperio y ocasionaron la ruina de este último.³³ También era consciente que había una diferencia clave entre los ejércitos de la República romana e Italia renacentista: los de la primera estaba liderados por magistrados y conformados por soldados-ciudadanos, en tanto que las repúblicas y principados italianos se servían de condotieros y mercenarios.³⁴ Si la primera hizo de la guerra un instrumento de fortalecimiento, enriquecimiento y expansión imperial de la República –cierto que con consecuencias que en el largo plazo corroyeron la constitución republicana–; en la Italia renacentista la privatización de la guerra

generosa–, alimento y vestido: Adrian Goldsworthy sostiene que “[...] estos hombres no tenían ninguna fuente de ingresos una vez licenciados del ejército [...] Esto fomentaba un vínculo entre el general y sus soldados que a menudo era más fuerte que el que pudiera haber entre las legiones y el propio estado” (2012:220). Cayo Mario, Lucio Cornelio Sila, Julio César, Cneo Pompeyo Magno, Marco Antonio y Augusto –este último, primer emperador– fueron jefes político-militares del período tardo-republicano que ejercieron liderazgos personalizados sobre sus ejércitos.

³²Durante el Imperio, las necesidades de defensa y seguridad de las provincias llevaron a constituir legiones con hombres reclutados localmente, dando forma a un ejército multicultural que, no obstante, continuó basando su poder de combate en la organización, disciplina, instrucción y adiestramiento de sus tropas (Hanson, 2010). Una ley del 406 d.C. del emperador Honorio autorizó que los esclavos participen con sus propietarios en los ejércitos durante la guerra (Bachrach, 2010).

³³Según Christopher Mackay (2011), la ocurrencia de estos cambios estuvo asociada con el recurso a la violencia política interna en la República por parte de la oligarquía senatorial hacia el 133 a.C. El fin de la República e inicios del Imperio estuvieron signados por el ascenso de una autocracia político-militar –surgida de la oligarquía senatorial– que se consolidó en el poder hasta la caída del Imperio Romano de Occidente en el 476 d.C.

³⁴Los dirigentes republicanos romanos combinaban funciones militares y civiles en el curso de su “carrera senatorial”, pues conducir un ejército y vencer en guerras era una fuente de prestigio y riqueza que, a su vez, proporcionaba poder político. En cambio, los dirigentes republicanos florentinos cedían a condotieros la conducción de los asuntos militares y la guerra.

acarreó el derroche del erario público, desorden social, prolongación de conflictos y, en definitiva, la imposibilidad de alcanzar los objetivos políticos buscados por principados y repúblicas. García Jurado considera, sin embargo, que Maquiavelo tenía una comprensión limitada de esas diferencias:

Acertaba al señalar que una de sus grandes debilidades era la organización militar, sin embargo, quizá no reparaba o no le daba suficiente relevancia al hecho de que no se trataba solo de un problema de organización militar, sino que se debía buscar la raíz, pues se trataba de un problema de Estado, de la estructura e institucionalización del mismo. Es decir, los Estados italianos no solo estaba atrasados respecto de sus contrapartes europeas en cuestiones de organización militar, sino también en la centralización y estabilización del poder estatal, la formación de una burocracia amplia y profesional, la creación de un sistema nacional de impuestos, así como la definición y delimitación de sus fronteras. De esta manera, los problemas de organización militar no eran necesariamente causa sin síntoma de un mal mayor. El propio Maquiavelo incurría en el error de creer que una organización militar basada en la milicia era una opción viable y efectiva, cuando los Estados europeos más poderosos ya habían dado pasos importantes hacia la construcción de ejércitos permanentes y profesionales (García Jurado, 2015a:47).

En consecuencia, no solo debían transformarse las organizaciones militares y las formas de concebir y hacer la guerra, sino también las formas del poder político y la sociedad, pues, en definitiva, las fuerzas de guerra y la guerra eran instrumentos de la política y se conformaban con recursos humanos y materiales proporcionados por la sociedad.

Interlocutores y contextos: los europeos modernos³⁵

Para Gilbert (1991), la lección crucial que Maquiavelo obtuvo de la historia de Roma fue que la defensa del Estado es responsabilidad de los ciudadanos y no solo de un sector social privilegiado que puede solventar la defensa pagando

³⁵ Empleo el término “moderno” para referir al período de la historia europea comprendido entre los siglos XV al XVIII.

mercenarios. Por ello a menudo se ha considerado su milicia cívica como un antecedente de los ejércitos de ciudadanos-soldados de la Francia heredera de la Revolución Francesa ¿Es válida esa comparación?

Para responder esa pregunta hay que precisar qué entendía Maquiavelo por “estado” (*stato*), porque esas milicias eran su instrumento militar.³⁶ No empleó una única definición del término sino distintas en diferentes textos o en pasajes de los mismos: como institución política, dominio territorial y régimen político o gobierno –dice Vivanti (2013)–; como nación o comunidad política, régimen político (principado o república), poder político, poder ejercido por un señor y dominio territorial –según Viroli (2009:195)–.³⁷ En carta a Francisco Vettori del 10 de diciembre de 1513, Maquiavelo definió sus saberes y experiencias adquiridas en la Segunda Cancillería como el “arte del estado” (Skinner, 1991:33). Como observa Viroli (2009:166), en esa oportunidad escribió “arte del estado” porque refería a la escritura de *El príncipe*, un libro que no es sobre “política” sino acerca del “arte del Estado” o del Estado de un príncipe.³⁸ En otras oportunidades estableció correspondencias entre estados y sociedades: un principado gobernado por un príncipe donde todos son siervos –el “estado del

³⁶ Empleo aquí el término “estado” en minúscula para destacar que quiero evitar definir *a priori* su sentido desconsiderando los sentidos y usos de Maquiavelo. Como observa Claudio Ingerflom (2017), la concepción estatalista evolutiva o finalista de la historia asociada al *state-building process* estuvo y está tan indisolublemente asociada con la disciplina histórica desde la construcción de los Estados liberales posteriores a la Revolución Francesa de 1789 que, con demasiada frecuencia, se proyecta la definición y configuración histórica del Estado contemporáneo en Occidente –denominado como “Estado moderno” o “Estado constitucional”– sobre otras sociedades y/o períodos pretéritos. La importancia de este problema me fue advertida previamente por Darío Barrera (2002).

³⁷ Pierangelo Schiera permite inscribir esas definiciones de Maquiavelo sobre el “estado” en los sentidos atribuidos en la Europa Cristiana de los siglos XIII al XVI a los términos *status*, *estat*, *estate*, *staat*: “condición del país en sus rasgos tanto sociales como políticos, en su constitución material, en las características que constituían el ordenamiento; la condición del príncipe y de sus ayudantes, de los sectores que expresan la organización del poder de deriva de ella. El estado, en conclusión, es todo lo que se refiere a la esfera de la vida humana organizada, no directamente referida al fin espiritual” (Schiera, 2005:565).

³⁸ Es importante reparar en la observación de Viroli (2009:166) según la cual en *El príncipe* no se menciona la palabra “político” ni ninguna equivalente, pues el libro no es un discurso sobre la “ciudad”, ni el “vivir político” en la “república”, sino sobre el “arte del Estado” –cómo se gobierna y conserva– o sobre el Estado de un príncipe.

Turco”– es diferente de uno donde el príncipe gobierna con los barones –el “reino de Francia”–; un principado se funda en la desigualdad existente entre el príncipe y sus súbditos, en tanto que una república se asienta en la relativa igualdad de sus ciudadanos. Sabemos que para Maquiavelo los gobernantes requerían tanto del consenso como de la fuerza para conservarse y ampliar su poder.³⁹ Que los estados que se construyen sobre la base del consenso y de la fuerza pueden ser duraderos; y que los que solo se sirven de la fuerza es posible que se sostengan por algún tiempo. En cambio, no es viable un estado que prescindiera del recurso a la fuerza y pretenda sostenerse solo por consenso, pues la fuerza es necesaria para la defensa externa y el orden interno. Los estados, por ende, necesitan de “buenas leyes” y “buenas armas”, pues estas últimas –decía– jamás causaban daño cuando se empuñaban en nombre de las leyes y de la constitución.⁴⁰ Ese nexo entre *iustitia et armi* –que atraviesa su obra– estaba basado en el principio de *imperatoriam maiestatem* del Código Justiniano, que proyectó su influencia en el derecho común europeo medieval y moderno (Vivanti, 2013).

³⁹Eugenia Mattei (2015:145) considera a César Borgia como arquetipo de liderazgo expresivo de una combinación entre el ejercicio de la violencia más pura y la voluntad de persuadir a los otros; de fortuna y virtud, es decir, de hacer valer la voluntad propia ante lo indeterminado; y de construcción de una imagen de sí mismo –que incluye crueldad y acción virtuosa– afirmándose en la pasión del odio que generaba en el pueblo. Asimismo, analizando el liderazgo de Moisés en *El príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Mattei destaca que éste se convirtió en un príncipe nuevo que –como Ciro, Teseo y Rómulo– erigió un “*nouvi ordini e modi*” por su virtud antes que por fortuna, fue un “profeta armado” y –como Licurgo y Solón– redactó leyes para el bien común. También señala que Maquiavelo tenía presente que Moisés no sólo dio leyes a su pueblo sino que supo recurrir a la fuerza invadiendo, haciendo la guerra, expulsando y matando a otros pueblos para dar un territorio al suyo (Mattei, 2016:108-113). Una vez más, “buenas leyes” y “armas propias” iban de la mano.

⁴⁰Además de “buenas leyes” y “armas propias”, Agustín Volco recuerda que en Maquiavelo la religión cumple con un papel clave como instrumento de producción de obediencia del pueblo, pues: “Para ‘instituir otros órdenes civiles y militares’ no es lo mismo recurrir a la ‘autoridad de Dios’, que prescindir de ella (Volco, 2016:291). Pero el efecto de la religión era ambiguo: por un lado “posibilita las empresas de los grandes hombres haciendo dócil al pueblo” y, por otro lado, “en esta misma docilidad abrirá la puerta a la ruina de la libertad, al introducir en los hombres el temor invisible capaz de tenerlos bajo dominio” (Volco, 2016:292). Por último –continúa Volco– Maquiavelo consideraba que la religión no había sido empleada por Rómulo para fundar Roma, pero sí había sido necesaria para que Numa hiciera valer su autoridad política sobre el pueblo.

La milicia suponía un estado con “buenas armas” y “buenas leyes”. Por un lado, debían ser “armas propias”, es decir, conformadas por el reclutamiento de súbditos o ciudadanos. Por otro lado, la relación de esas “armas propias” con las “buenas leyes” variaba según los principios y circunstancias históricas. Maquiavelo reconocía que una república o un principado no sólo dependían de la elección de ciertos principios políticos sino de sus posibilidades de realización en un contexto dado. Por tanto, las “armas propias” de un príncipe eran sus súbditos y las de una república sus ciudadanos. Lo fundamental era que siempre fueran “armas propias” y no mercenarias o auxiliares. En tanto expresión de las “armas propias”, la milicia florentina creada por Maquiavelo en 1506 era una fuerza distinta de los ejércitos permanentes de la monarquía española y francesa de su época, pues estas últimas combinaban soldados profesionales reclutados entre sus súbditos y tropas mercenarias.

Los milicianos de la infantería florentina eran hombres del campo –*contado*–, es decir, no pertenecían a los dominios controlados o conquistados por la república de Florencia –*distretto*–, ni a la ciudad de Florencia –*città*–. Como los hombres del campo no tenían derechos políticos, no era estrictamente una milicia de ciudadanos, sino expresión de las “armas propias” de la república. Por ello, la milicia de infantería de Maquiavelo era distinta de los futuros ejércitos de ciudadanos-soldados de la Francia revolucionaria.⁴¹

⁴¹La construcción de un ejército que expresara la “nación en armas” en Francia no ocurrió sin dificultades. Con el proceso revolucionario de 1789 se conformaron unidades de la Guardia Nacional incorporando a los ciudadanos activos –hombres cabeza de familia y contribuyentes mayores de 25 años–. Esta milicia cívica fue concebida como una fuerza de seguridad interna. Por ello, la Asamblea Nacional aprobó en 1791 la creación de unidades de voluntarios provenientes de la Guardia Nacional para servir por un año en la defensa externa. La incorporación para estos nuevos cuerpos fue exitosa, pero decayó al año siguiente, con lo cual el reclutamiento asumió formas forzadas –incorporando hombres de sectores sociales más bajos y de hasta 16 años de edad– cuando no se conseguía completar las cuotas con voluntarios. A mediados de 1792, existían dos fuerzas de guerra para la defensa externa: aquellos cuerpos con soldados procedentes de la Guardia Nacional y el ejército regular –este último comenzó a incorporar ciudadanos reclutados por cuotas provistas por diferentes departamentos–. En 1793, la Convención tomó una decisión clave para completar la realización del ideal de la “nación en armas” y afrontar la guerra europea. Por un lado, unificó las dos fuentes de reclutamiento –Guardia Nacional y ejército regular– en una única fuerza sobre la base de principios patrióticos y nacionales. Por otro lado, implementó la *levée en masse* –servicio militar obligatorio– de

Respecto de estos últimos también cabe otra diferencia: la construcción de la cohesión social y cultural de las “armas propias” en torno de una identidad patriótica referenciada en la Florencia renacentista o en una potencial Italia unificada, tampoco es equiparable con los nacionalismos que forjaron los Estados-Nación contemporáneos y el ideal de la “nación en armas” desde el siglo XIX. De allí que –como decía Federico Chabod– en la Italia renacentista ni un príncipe de excepcionales cualidades hubiera podido obrar el milagro de construir un Estado nacional unificado y soberano, pues este “no podía crearse allí donde ninguna comunidad de intereses o pasiones unía a los súbditos y el señor, a la multitud con el gobierno, creando conciencia para la lucha por la defensa común” (Chabod, 1987:25).⁴²

Por tanto –respondiendo la pregunta que abrió este apartado– sostengo que a pesar de la común referencia al ciudadano-soldado, en el Estado de la Francia revolucionaria se objetivó el ideal de la “nación en armas” que –como decía Clausewitz– transformó la guerra en un asunto de un pueblo de treinta millones de almas que se consideraban ciudadanos; un fenómeno inimaginable incluso para un republicano *popolari* –crítico de la oligarquía *optimata*– como

ciudadanos varones solteros. Ambas decisiones se concretaron rápidamente por la politización de la sociedad y sus fuerzas de guerra. Esto proporcionó más de un millón de hombres, de los cuales unos 750.000 cumplieron servicio activo en las campañas en 1794 (Best, 1990). Una consideración particular merecen el ciudadano-soldado en el ejército permanente y las milicias norteamericanas durante la revolución y guerra de independencia y en la constitución federal de los Estados Unidos.

⁴²Antonio Hermosa Andújar considera que la exhortación final de *El príncipe* en post de la unidad de Italia bajo el liderazgo de un príncipe que la libere de la dominación extranjera, presupone la “creencia de que Italia es, culturalmente hablando, una nación” y que, por tanto, Maquiavelo “profesa la fe nacionalista” que exige la conformación de un nuevo Estado para esa preexistente “nación” (Hermosa Andújar, 2006:47). Teniendo en cuenta incluso las prevenciones que plantea Hermosa Andújar sobre el uso del término “nacionalista”, su invocación parece más bien extemporánea, aplicada a concepciones del siglo XVI acerca de la unidad política y cultural de la Italia renacentista. En este sentido, quizá sería más propio considerar lo dicho por Unger, para quien: “El sueño de Maquiavelo de una Italia unificada tendría que esperar más de tres siglos hasta que una generación de líderes –encabezada por Garibaldi, Cavour y Mazzini, con Víctor Manuel recogiendo el manto abandonado por los príncipes Médici–, inspirados por la Revolución Francesa y alentado por las patrióticas exhortaciones del funcionario florentino, expulsaran a los extranjeros de su suelo natal” (Unger, 2013:257-258).

Maquiavelo en la Europa del Renacimiento.⁴³ Es por ello que Fernández Vega ofrece una conclusión contundente cuando dice que la Revolución Francesa puso de manifiesto que no es en el pensamiento ni en el ámbito militar donde se crean las condiciones “para la renovación de la vida civil”, sino a la inversa: los cambios en la sociedad subvierten las “viejas formas políticas” y habilitan la emergencia de “nuevas modalidades militares a todo nivel, tanto organizativas como de combate” (Fernández Vega, 2005:31).⁴⁴ Por supuesto, esta afirmación no desmerece el fundamental aporte de los saberes y experiencias militares y de los propios militares en la producción de concepciones y prácticas innovadoras sobre lo militar, la guerra y sus relaciones con la política, sino que los considera y sitúa en su específica contribución.

Reflexiones finales: Del arte de la guerra desde la Argentina del siglo XXI

La conclusión a la que arribamos en el apartado anterior, no sólo es una acertada evaluación acerca de los alcances y limitaciones de la contribución de Maquiavelo sobre los asuntos militares y de la guerra, sino el presupuesto con el cual propongo orientar nuestra lectura e interpretación de *Del arte de la guerra* desde la Argentina actual.

Solo la afirmación de una nueva forma de concebir la defensa nacional y su instrumento militar en la dirigencia política y la sociedad argentina puede generar las condiciones indispensables para desarrollar las capacidades estatales

⁴³Para Maquiavelo el conflicto entre optimates y el pueblo encarnaba una disputa política virtuosa en una república; pero también constataba que en la Roma republicana esa dinámica se había reproducido solo hasta fines del siglo II a.C. y que en la historia de Florencia el conflicto faccioso había impedido la consolidación de la constitución republicana.

⁴⁴Esta conclusión de Fernández Vega –que hago propia– no coincide con una afirmación de Gilbert según la cual: “Como la vida de un estado depende de la eficacia de su ejército, las instituciones políticas deben estar organizadas de tal manera que creen unas condiciones favorables para el funcionamiento de la organización militar. Esa es una de las tesis que impregna todo el pensamiento de Maquiavelo” (Gilbert, 1991:39). Sin dudas, la política debe crear adecuadas condiciones para garantizar la organización, funcionamiento y reconocimiento de las organizaciones militares de un Estado, pero la política genera esas condiciones con arreglo al régimen político vigente –de allí sus potencialidades y limitaciones–.

básicas y efectivas para afrontar los desafíos en esta materia en las próximas décadas. En este sentido, considero que los especialistas civiles y militares en asuntos de seguridad internacional, defensa y militares –entre ellos los académicos– deberíamos contribuir con nuestros saberes teóricos y prácticos en el desarrollo de dichas capacidades e interviniendo en el debate público para sensibilizar y comunicar su importancia en la agenda pública; pues, de no mediar cambios políticos, sociales y culturales en la dirigencia política y en amplios sectores de la sociedad, difícilmente podrá modificarse el *statu quo* o, peor aún, la decadencia del sistema de defensa argentino.

Leer *Del arte de la guerra* a quinientos años de su publicación desde las coordenadas políticas e intelectuales actuales, requiere sobreponernos a su mera interpretación como manual de estrategia y táctica militar. También demanda comprender su concepción de la guerra reconociendo las diferencias evidentes existentes con nuestro pasado, presente y futuro. Carece de sentido reprocharle a Maquiavelo si sus presupuestos y conclusiones sustantivas pretendidamente universales siguen siendo históricamente válidas. Como en todo autor clásico debemos buscar en su obra aquellas cuestiones que consideramos más permanentes, sin dejar de situar sus ideas en sus contextos y en diálogo con sus interlocutores pasados y contemporáneos.

El Estado argentino dispone de “armas propias” –sus Fuerzas Armadas– para proveer a la defensa nacional conforme el marco normativo establecido por la Constitución Nacional, leyes y decretos nacionales decididos por el poder político democráticamente electo desde el 10 de diciembre de 1983.⁴⁵ Pero ¿está su instrumento militar en el siglo XXI en capacidad para cumplir con su misión principal, cual es enfrentar de forma disuasiva o efectiva amenazas de origen externo? Un amplio consenso político, militar y académico coincide en que la

⁴⁵Las leyes nacionales que definen el marco específico de la defensa nacional son: N°23.554 de Defensa Nacional, N°24.059 de Seguridad Interior, N°24.429 de Servicio Militar Voluntario de 1994, N°24.948 de Reestructuración de las Fuerzas Armadas de 1998 y N°25.520 de Inteligencia Nacional de 2001.

respuesta a esta pregunta es negativa.⁴⁶ Argentina carece de un sistema de defensa con capacidades operativas efectivas, existe una extendida percepción social de ausencia de amenazas externas inminentes en las que empeñar las Fuerzas Armadas, ignorancia o desatención acerca de lo que una fuerza militar debiera hacer en tiempos de paz para estar en aptitud en caso de necesidad, una evidente falta de vocación política para consensuar el diseño e implementación de una restructuración del sistema de defensa conforme a una política de Estado para el siglo XXI.

Esa inexistente vocación política por consensuar una reforma del sistema de defensa y su instrumento militar se evidenció en los dieciocho años transcurridos desde la sanción de la Ley de Defensa Nacional hasta su primera reglamentación en 2006 y en la polarización con que se produce desde entonces el debate político en torno de la reglamentación de dicha ley entre dos posiciones aparentemente irreconciliables: una que limita las capacidades del instrumento militar a la defensa exclusivamente para conjurar agresiones externas perpetradas por Fuerzas Armadas de otros Estados –invocando para ello la Resolución 3.314 de 1974 de la ONU⁴⁷; y otra que expande sus competencias hasta diluir o cuanto menos volver difusa la distinción entre amenazas externas e internas y superponer funciones que el marco normativo vigente atribuye de forma diferente a Fuerzas Armadas y Fuerzas de Seguridad y Policiales.⁴⁸ En un caso las restricciones parecen estar tácitamente ancladas en una natural desconfianza hacia las Fuerzas Armadas, que continúan siendo asociadas con las intervenciones políticas y represivas que estas cumplieron en buena parte del

⁴⁶Esa decadencia del sistema de defensa nacional argentino –es decir, la carencia de capacidades efectivas de disuasión de su instrumento militar para atender a los requerimientos impuestos por las leyes vigentes y su reglamentación– viene siendo señalada por diferentes académicos especializados en la materia desde hace al menos dos décadas (López y Sain 2003; Sain, 2010; Tokatlián, Sain y Montenegro, 2018; Ugarte, 2019). En mis investigaciones sobre asuntos de defensa nacional y militares también he elaborado estados del arte y estudiado la cuestión empíricamente (Frederic, Masson y Soprano, 2015; Lafferriere y Soprano, 2015; Soprano, 2016; Soprano, 2019).

⁴⁷Decretos N°727 y N°1.691 de 2006, N°1.714 de 2009, N°645 de 2014 y N°571 de 2020.

⁴⁸Decretos N°683 y N°703 de 2018.

siglo XX y tenidas como una corporación autónoma potencialmente amenazante para sociedad democrática. El otro caso es expresión de una securitización de la defensa en correspondencia con una agenda de la seguridad internacional que reconoce amenazas híbridas (estatales/no estatales) y amenazas superpuestas de origen diverso (terrorismo, narcotráfico, pobreza, crisis económicas, migraciones masivas, catástrofes naturales y antrópicas). Ambas perspectivas tuvieron su objetivación en decretos promovidos por diferentes elencos políticos del Ministerio de Defensa durante gobiernos nacionales de distinta orientación política e ideológica –de un lado las presidencias de Néstor Kirchner, Cristina Fernández de Kirchner y Alberto Fernández y de otro la de Mauricio Macri– y, sin embargo, en los hechos (esto es, más allá de los discursos públicos y enunciados programáticos plasmados en la norma), todos tuvieron un denominador común que evidencia una apreciación compartida por una amplia mayoría de la dirigencia política argentina en relación con los asuntos de defensa y militares: la ausencia de voluntad política, capacidades institucionales y/o conocimientos técnicos específicos para hacer efectiva una profunda reforma que adecue dichos asuntos a los desafíos del siglo XXI.⁴⁹ Esto último revela que el problema no es solo que la alternancia entre dos posiciones políticas o programáticas polarizadas acaba produciendo un juego de suma cero, sino que existe una cuestión de fondo más allá de esas definiciones discursivas, cual es la falta de apoyos políticos y sociales que sustenten esta política pública.⁵⁰

⁴⁹Tampoco contribuye a la solución del problema la inexistencia de un sistema de inteligencia nacional –como el previsto en la Ley Nº25.520 de 2001 o por alguna normativa alternativa– que coadyuve a la reunión de información, análisis y a la toma de decisiones en seguridad exterior e interior –esto es, a la producción de inteligencia estratégica militar, inteligencia criminal y contrainteligencia–, considerando estos asuntos –según corresponda– desde una concepción holística el empleo coordinado del conjunto de capacidades estatales: instrumento militar, de seguridad e inteligencia nacional. Las modificaciones introducidas a la Ley Nº25.520 de Inteligencia Nacional por la Ley Nº27.126 de 2015 –que creó la Agencia Federal de Inteligencia– y decretos reglamentarios no resolvió este problema.

⁵⁰Esa falta de apoyos políticos y sociales no ha derivado –hasta el momento– en una devaluación de la jerarquía del Ministerio de Defensa a Secretaría de Estado ni en propuestas relevantes en favor de un plebiscito o ley nacional que promueva la integración del personal militar en una Fuerza de Seguridad militarizada o directamente la disolución de las Fuerzas Armadas.

Asimismo, no considero que el restablecimiento de instituciones militares del pasado sea una cuestión central de la agenda de defensa y militar de la Argentina actual.⁵¹ No digo con ello que se desconozcan valiosos saberes y experiencias de la historia nacional que, por el contrario, siempre deben ser objeto de estudio y evaluación crítica, pues el análisis de las experiencias propias y ajenas es un presupuesto y ejercicio esencial para cualquier decisor político o especialista civil o militar en esta materia.⁵² Lo que pretendo destacar con esta afirmación es que los asuntos pendientes de la defensa nacional y militares del siglo XXI demandan nuevas ideas y experiencias concebidas y/o apropiadas de realidades nacionales, regionales internacionales contemporáneas y de la concepción de escenarios futuros.⁵³

Como en la Italia renacentista del siglo XVI, la lectura e interpretación de *Del arte de la guerra* convoca a reflexionar sobre preguntas permanentes acerca de las relaciones entre guerra, política y sociedad: ¿Cómo se concibe y organiza la defensa nacional? ¿Qué amenazas conjura? ¿Cuál es su instrumento militar y

⁵¹Recurrentemente en el debate público hay algunos actores políticos, militares y de la sociedad civil que pretenden restablecer el servicio militar obligatorio –suspendido por ley desde 1994– o proponen nuevas prestaciones militares destinadas a jóvenes en situación de vulnerabilidad que no estudian ni trabajan. También suele invocarse la necesidad de aumentar el presupuesto de defensa para adecuarlo al diseño orgánico, despliegue territorial y magnitudes de personal de cuadros que tuvieron las Fuerzas Armadas en el siglo XX bajo otras concepciones de la defensa y empleo del instrumento militar.

⁵²Del análisis y evaluación crítica de las experiencias de la Guerra de Malvinas se concluyó tempranamente en el Informe de la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur –conocido como Informe Rattembach– de 1983 y en la Ley de Defensa Nacional de 1988, la necesidad de diseñar e implementar una concepción conjunta del empleo del instrumento militar (Laleff Ilieff, 2013) y, sin embargo, hasta el presente sigue siendo un objetivo concretar una jerarquización efectiva de las misiones del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas.

⁵³En escenario de polarización referido más arriba, una perspectiva enfatiza que el diseño e implementación de las reformas de la defensa y su instrumento militar de cara a los desafíos del siglo XXI puede sustentarse con la definición de una reglamentación sustentada por la Ley de Defensa Nacional de 1988 y Ley de Seguridad Interior de 1991, pues expresaría los consensos alcanzados por la dirigencia política en democracia. En tanto que desde la otra perspectiva se suele considerar que ese marco normativo es insuficiente por ser tenido como expresivo de una concepción de la defensa anterior al fin de la Guerra Fría que no comprende los desafíos de escenarios internacionales del siglo XXI donde predominan amenazas asimétricas o híbridas. Personalmente considero que esas dos leyes nacionales constituyen un marco normativo y concepción válida y efectiva, a condición de que no se

cómo se configura? ¿En qué escenarios prevé empeñarlo? ¿Cómo disponer sus capacidades en forma efectiva? ¿Cuánto está dispuesta la sociedad y su dirigencia política a invertir en su defensa? ¿Quiénes integran sus Fuerzas Armadas? ¿Cómo formar e instruir y adiestrar su personal y aprestar sus unidades en tiempo de paz para tenerlas en aptitud en situaciones de conflicto o en tiempo de guerra? Y en el caso de la Argentina: ¿Puede un país de su extensión, riqueza y densidad poblacional no disponer de un sistema de defensa y, en consecuencia, de unas Fuerzas Armadas con capacidades materiales y de personal para ejercer de forma efectiva su misión principal en la defensa externa? Anticipo que la respuesta a esta última pregunta es negativa, pues ningún Estado puede asegurar su soberanía –en tanto capacidad real de hacer valer su voluntad o decisión política soberana– sin contar con aquello que Maquiavelo denominó como las “armas propias”.

Las respuestas a estos y otros interrogantes son eminentemente políticas, pero no olvidemos que están asociadas con decisiones estratégicas, tácticas y técnicas que, aunque subordinadas a esas decisiones políticas, poseen su contribución específica. Por eso es que en la elaboración de esas respuestas es decisivo el aporte de especialistas civiles y militares, si contribuyen con saberes teóricos y prácticos despojados de preconceptos, que no sean una mera reproducción acrítica del *statu quo* y están abiertos a efectuar una apropiación crítica de conocimientos y experiencias propias y ajenas del pasado y el presente.

adopte una definición restringida de las amenazas externas como exclusivamente encarnada por Fuerzas Armadas de otros Estados. Y ello en virtud de que –como me dijera en comunicación personal Guillermo Lafferriere– un Estado puede decidir en qué conflictos o guerras ha de intervenir, pero debe hacerlo sin desentenderse de las amenazas que lo afectan o afectarán.

Bibliografía

- Alexander, Jeffrey. "La centralidad de los clásicos". *La teoría social, hoy*. Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza, 1990: 22-80.
- Allmand, Christopher. "Armas nuevas, tácticas nuevas, 1300-1500". Parker, Geoffrey *Historia de la guerra*. Ed. Geoffrey Parker. Madrid: Akal, 2010: 91-106.
- Bachrach, Bernard. "Las murallas romanas. 300-1300". *Historia de la guerra*. Ed. Geoffrey Parker. Madrid: Akal, 2010: 69-90.
- Barriera, Darío. "Por el camino de la historia política: hacia una historia política configuracional". *Secuencia* 53 (mayo-agosto 2002): 163-197.
- Best, Geoffrey. *Guerra y sociedad en la Europa revolucionaria. 1770-1870*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1990.
- Boucheron, Patrick. *Leonardo y Maquiavelo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/Libros del Zorzal, 2018.
- Chabod, Federico. *Escritos sobre Maquiavelo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Cornut, Hernán. "El legado del arte militar romano y su proyección hacia la modernidad". *Revista de la Escuela Superior de Guerra* 584 (mayo-agosto 2013): 7-60.
- Eiff, Leonardo. "Estudio preliminar. Maquiavelo, la cesura". *Vida y tiempo de la república. Contingencia y conflicto político en Maquiavelo*. Sebastián Torres. Los Polvorines: Universidad Nacional de Córdoba/Universidad Nacional de General Sarmiento, 2013: 9-26.
- Fernández Vega, José. *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.
- Frederic, Sabina, Masson, Laura y Soprano, Germán. *Fuerzas Armadas en democracia. Percepciones de los militares argentinos sobre su reconocimiento*. Rosario: Prohistoria, 2015.
- García Jurado, Roberto. "La teoría de la guerra de Maquiavelo". *Signos Filosóficos* XVII, 33 (enero-junio 2015a): 28-51.
- García Jurado, Roberto. "Maquiavelo y la ciudadanía armada". *Sociológica* 30, 85 (mayo-agosto 2015b): 131-161.
- Goldsworthy, Adrian. "Julio César y el general como estado". *El arte de la guerra en el mundo antiguo*. Ed. Victor Davis Hanson. Barcelona: Crítica, 2012: 207-230.
- Hanson, Victor Davis. "La práctica romana de la guerra, 250 a.C-300 d.C.". *Historia de la guerra*. Ed. Geoffrey Parker. Madrid: Akal, 2010: 53-68.
- Ingerflom, Claudio Sergio. "La historia conceptual y las distorsiones cognitivas del uso acrítico del concepto 'Estado'". *Prohistoria* XX, 28 (diciembre 2017): 25-43.
- Keen, Maurice. "Armas de fuego, pólvora y ejércitos permanentes". *Historia de la guerra en la Edad Media*. Ed. Maurice Keen. Madrid: A. Machado Libros / Océano, 2005: 347-368.
- Lafferriere, Guillermo y Soprano, Germán. *El Ejército y la política de Defensa en la Argentina del Siglo XXI*. Rosario: Prohistoria, 2015.
- Laleff Ilieff, Ricardo. "La esfera interfuerzas en Argentina: notas sobre el estudio de la problemática militar". *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 46 (2013): 131-144.
- López, Ernesto y Sain, Marcelo (comps.). "Nuevas amenazas". *Dimensiones y perspectivas. Dilemas y desafíos para la Argentina y el Brasil*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- Maquiavelo, Nicolás. *Antología*. Barcelona: Península, 1987.

- Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe. El arte de la guerra. Discursos sobre la primera década de Tito Livio. Vida de Castruccio Castracani. Discursos sobre la situación de Florencia*. Madrid: Gredos, 2014.
- Mattei, Eugenia. “Una pietosa crudeltà. La figura de César Borgia en Nicolás Maquiavelo”. *Papeles de Trabajo* 9, 15 (2015): 124-149.
- Mattei, Eugenia. “L' esecutore privilegiato di dio: la figura de Moisés en la obra de Nicolás Maquiavelo”. *Análisis filosófico* XXXVI, 1 (2016): 103-131.
- Parker, Geoffrey. “La revolución de la pólvora. 1300-1500”. *Historia de la guerra*. Ed. Geoffrey Parker. Madrid: Akal, 2010a: 107-122.
- Parker, Geoffrey. “La práctica occidental de la guerra”. *Historia de la guerra*. Ed. Geoffrey Parker. Madrid: Akal, 2010b: 7-17.
- Rogers, Clifford. “La época de la Guerra de los Cien Años”. *Historia de la guerra en la Edad Media*. Ed. Maurice Keen. Madrid: A. Machado Libros/Océano, 2005: 179-210.
- Sain, Marcelo. *Los votos y las botas. Estudios sobre la defensa nacional y las relaciones civil-militares en la democracia argentina*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.
- Schiera, Pierangelo. “Estado moderno”. *Diccionario de Política*. Comp. Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. México: Siglo XXI, 2005: 563-570.
- Skinner, Quentin. *Maquiavelo*. Madrid: Alianza, 1991.
- Soprano, Germán. *¿Qué hacer con las fuerzas armadas? Educación y profesión de los militares argentinos en el Siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo, 2016.
- Soprano, Germán. *Martín Balza. Un general argentino entre la república y la democracia*. Rosario: Prohistoria, 2019.
- Tokatlián, Juan Gabriel, Sain, Marcelo y Montenegro, Germán. *De militares a policías. La “guerra contra las drogas” y la militarización de Argentina*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2018.
- Torres, Sebastián. *Vida y tiempo de la república. Contingencia y conflicto político en Maquiavelo*. Los Polvorines: Universidad Nacional de Córdoba/Universidad Nacional de General Sarmiento, 2013.
- Ugarte, José Manuel. “Defensa indefensa, o apariencia de defensa: la política de defensa argentina”. *Perspectivas. Revista de Ciencias Sociales* 7 (enero-junio 2019): 5-27.
- Unger, Miles. *Maquiavelo. Una biografía*. Buenos Aires: Edhasa, 2013.
- Viroli, Maurizio. *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)*. Madrid: Akal, 2009.
- Vivanti, Corrado. *Maquiavelo. Los tiempos de la política*. Buenos Aires: Paidós, 2013.
- Volco, Agustín. “Política, religión y fundación en Maquiavelo. Una lectura a partir de los orígenes de Roma”. *Las Torres de Lucca* 9 (julio-diciembre 2016): 285-310.